

OCUPACIONES

Hay pocos zánganos en la colmena republicana; no se les quiere. El hombre que quiere comer ha de trabajar. Una vida de elegantes holganzas, no es digna de un ciudadano. La República no le debe los medios de existencia. Es él quien debe á la República toda una vida de trabajo. Tal es la idea republicana.

Durante el período colonial, las industrias de América veíanse entorpecidas y molestadas por la política mezquina del gobierno imperial. Las ocupaciones de las gentes estaban necesariamente limitadas á la explotación del suelo. Las diversas carreras que en la actualidad son un honor para la República eran desconocidas. Uno de los principales hombres de Estado, inglés, tenía la costumbre de decir: «Las colonias no tienen el derecho de fabricar ni un clavo de herradura.» En virtud de esta doctrina, los primeros colonos fueron víctimas de restricciones que, si se olvidasen sus desastrosas consecuencias para las industrias americanas, nos parecerían muy divertidas.

La fabricación de sombreros estaba prohibida; la del vel promovía la cólera. El tejido del lienzo en casa para usar los mismos tejedores, era considerado indicación de un espíritu rebelde. Apenas si se oyo el derecho de «devantar los ojos»; y únicamente los ingleses podían establecer comercio con los

», no seamos excesivamente severos con nuestra

madre patria. Obrando así, estaba en su tiempo. ¿Para qué las colonias, si éstas carecían de utilidad directa para el país que las fundaba y protegía? ¿Por qué Inglaterra hubiera buscado nuevos mercados para sus habitantes y su comercio, si las colonias no hubieran dado por resultado la ingratitud, frustrando el resultado que se perseguía creándolas? Tales eran los puntos de vista del tiempo en materia colonizadora. Precisa hacer justicia á Inglaterra, pues hoy reconoce cuán fútil es querer desarrollar su comercio, por medio de la colonización, ó de mezclarse en los asuntos interiores de los colonos. Aquella les permite crear lo que quieran, comerciar libremente con todas las naciones y en las condiciones que ellos fijen á las mismas. En verdad, estos hijos no se muestran siempre reconocidos. Se revuelven contra su madre, con una audacia increíble. Cuando la necesidad les aprieta, nuestros amigos los canadienses eligen á la querida y vieja madre para que aquella abra su bolsillo al niño mimado. En tales circunstancias, el Canadá es sumamente respetuoso, pero esto no obsta para gravar los productos de su madre patria, con el fin de crear manufacturas en su propio suelo.

La República no vacila en crear un arancel y en declarar que entiende asegurar de este modo, en su casa, á sus industrias, las facilidades de fabricación de que gozan las industrias inglesas, y derrotarlas si es posible. Y de este modo es como se ha convertido en la grande nación manufacturera que jamás se ha visto. La República que se ha creado por sí misma, que es un Estado libre é independiente, tiene el derecho de hacer cuanto le plazca. La conducta ingrata é hipócrita del Canadá no merece más que desprecio. No tiene el derecho de gravar las industrias de su *buena madre* para favorecer las propias. Si quiere obrar así, que cese cuando menos en sus «deales» gazmoñerías, y que declare leal-

mente, que asume las responsabilidades de su existencia nacional sin contar para nada con el auxilio de su madre.

Pero ¿para qué hablar del Canadá ó de cualquier otra colonia?

¿Qué libro, qué invento, qué estatua, qué cuadro, qué cualquier cosa haya producido una colonia, qué hombre, sea en la colonia que sea, se ha dado á conocer nunca más allá de las fronteras de su distrito? Una colonia no puede proveer á la humanidad más que de lana, madera, trigo y bueyes. Si el Canadá y las colonias australianas fuesen repúblicas libres é independientes, el mundo pronto vería á la democracia producir abundante cosecha de nobles trabajos y grandes hombres. Y para la nación que amamantó aquellas naciones, el resultado sería infinitamente preferible, hasta bajo el punto de vista comercial. A esto agrego que aquella estaría doblemente más orgullosa de sus hijos, lo cual no es recompensa despreciable para una madre afectuosa.

Si Lord Roseberry consiguiese llevar á cabo su divertida quimera de Federación Imperial (lo cual es imposible, afortunadamente) esos embriones de naciones se verían asfixiados en su cuna.

¿Es posible concebir ver al gran continente australiano verdaderamente sometido á la diminuta isla inglesa, á su ridícula monarquía y á su etiqueta anticuada? Los continentes de lengua inglesa de América y de Australia, é Inglaterra su madre, serán comunidades políticas distintas, pero llegará día en que estas comunidades formarán una liga de paz, uno de cuyos fines será el de solventar pacíficamente todas las disputas internacionales.

La independencia de la República trajo consigo de un modo natural la supresión de las ocupaciones de que acabamos de hablar. La reacción persiste todavía; ¡tan tenaz es la animosidad nacional engendrada por la opre-

sión! Con una sorprendente energía, el pueblo cambió su vasallaje colonial por su independencia nacional, tanto en el dominio industrial como en el político. Las prolongadas guerras europeas que siguieron, desarrollaron las industrias embrionarias de la República, entorpeciendo la importación de las manufacturas europeas. Un arancel de aduanas coadyuvó á ese resultado. Este sistema de producción, fué seguido indudablemente, de un desastre, pero los resultados conseguidos, por el momento, fueron de lo más satisfactorio. Desde 1830, muchas industrias hallábanse sólidamente establecidas, y desde esa época su desarrollo prosiguió con una regularidad que, ni aun la terrible guerra civil, pudo paralizar.

Las ocupaciones de las gentes de hace medio siglo, nos parecen extrañamente primitivas, cuando se las compara á las de hoy. A buen seguro que esta diferencia parece ser la obra de diez siglos, más bien que la de diez décadas.

Tomemos como ejemplo la manufactura de calzado de Lynn, en Massachusetts. Hace cincuenta años el visitante de esa población, percibía el ruido de numerosos martillos que salía de los pequeños cobertizos de madera apoyados contra las casas. Era producido aquel por los discípulos de San Crispín que aplanaban la suela sobre sus rodillas. Quizás fabricaban un par de zapatos por día. Al llegar el verano, cesaba el martilleo, convirtiéndose aquellos zapateros en pescadores ó labradores. Lynn cuenta hoy día con una población de cuarenta y cinco mil habitantes y un gran número de magníficos edificios en substitución de los antiguos cobertizos de madera. Las botas y zapatos salen de aquellos edificios á millones, sin que la mano intervenga. Dichos zapatos son cortados, clavados y cosidos por las máquinas. El Massachusetts es el *Estado zapatero* por excelencia. En

1835, según Mulhall, había en dicho Estado treinta y cinco mil zapateros más que en 1880, y sin embargo, en este último año las fábricas produjeron calzado por valor de 70 millones de dollars más que en 1835.

Cambios no menos grandes se produjeron en la naturaleza del trabajo de las industrias textiles. En 1830, los objetos de lana, de hilo y de algodón se fabricaban principalmente, en casa. En la «Topography of the United States» de Hinton, léese que «millares de familias hilan, se confeccionan sus vestidos, sus paños, su lencería de mesa, etc. Compran algodón hilado y frecuentemente lo mezclan con hilo y lana propios. Los cubrecamas, tapetes, cortinas, en una palatra, casi todos los artículos de uso doméstico, son fabricados por la familia. Calcúlase que los dos tercios de los vestidos, lencería, cubrecamas, etc., empleados por los habitantes del interior, están fabricados así. Otro tanto acontece con el jabón y las velas. Pero gran número de progresos hallábanse en camino de revolucionar los métodos industriales del día. La máquina de vapor reemplaza gradualmente á la «rueda de agua» ó la suple, cuando los ríos están helados, asegurando así la regularidad del trabajo y desembarazando á las fábricas de la pesadilla de un capital que dormía durante la mitad del año. Los ferrocarriles y los canales aumentaban rápidamente las facilidades para la circulación de los productos manufacturados. Los grandes progresos realizados en la mecánica disminuían progresivamente la importancia del trabajo manual. Así, en 1834, un huso hilaba en promedio, de un sexto á un tercio más de lo que hilaba algunos años antes.

Decíase en 1834 «que una persona hilaba en un tiempo dado un peso de hilo doble del peso que hilaba en 1829.» De ello resulta un cambio completo en la manera de vivir de las gentes. En vez de trabajar con

la rueca antigua, en las haciendas ó con el telar á mano en el villorrio rural, los hiladores y tejedores se replegaron en las grandes poblaciones. Esta es una de las causas que motivaron el gran desarrollo de las poblaciones.

Hace cincuenta años, un gran número de gentes se dedicaban á la agricultura, otro oficio que las máquinas han metamorfoseado por completo. Esta transformación está expresada, con extraordinaria elocuencia, en los siguientes extractos:

«Entre las nuevas invenciones destinadas á aumentar el pauperismo en Inglaterra, observamos una máquina trilladora, á vapor, portátil.»—*New York Evening Star* Agosto 1834.

«El llamado Glin tiene cuarenta y cinco mil acres sembradas de trigo. En esta finca, se emplean máquinas perfeccionadas. Cada máquina puede segar, trillar, aventar y meter en sacos, sesenta acres de trigo diarios.» *Mulhall's Progress of the World*, p. 449 (fecha, 1880).

Ante tal contraste, apenas si tenemos necesidad de las declaraciones de M. Murray, quien en 1834 escribía: «La agricultura en los Estados Unidos se halla en su infancia.» La siguiente declaración no deja de ser interesante: «El país se halla poblado por espesos bosques. El Estado de New-York mismo hállase todavía cubierto de bosque en sus tres cuartas partes.» Desde esta época, el desarrollo de la agricultura ha sido fenomenal.

Las haciendas de América igualan en superficie al territorio de Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania, Austria-Hungría y Portugal. Los campos de trigo tienen una superficie igual á Inglaterra, Escocia y Bélgica reunidas, y los campos de cereales cubrirían el territorio de España. Los campos de algodón cubren una extensión mayor que la de Holanda y dos veces también más grande que la de Bélgica. Los campos de arroz, las planta-

ciones de caña de azúcar y de tabaco, formarían también reinos de dimensiones respetables. La Agricultura en América se halla tan perfeccionada, que Mulhall estima que un agricultor como Glin ó Dalrymple, con un campo de trigo que cubra *cient millas cuadradas*, y con cuatrocientos mozos de labranza, puede producir tantos cereales como cinco mil pequeños propietarios de Francia.

No obstante estos resultados tan brillantes, sábase afortunadamente que aun con ventajas tan considerables, estas explotaciones gigantescas no pueden luchar, con éxito, contra las haciendas más pequeñas, poseídas y cultivadas por familias.

La República es hoy, como lo fué siempre, una nación de trabajadores. Los ociosos son en ella muy raros—mucho más que en cualquier otra nación.—El trabajo es espléndidamente remunerado; en todos los oficios se puede prosperar. La familia que se pone atrevidamente en viaje para el Oeste, se instala sobre el terreno y lo fructifica con su trabajo, puede tener la seguridad de conseguir el bienestar bastante antes de que llegue la vejez.

El obrero hábil y enérgico empieza por convertirse en contraamaestre; después se asocia ó establece un negocio. Evidentemente, á medida que el país se puebla, el éxito se va haciendo más ó menos difícil, pero esta dificultad no tiene otro resultado que el de aumentar el ánimo de las gentes y obligarlas á «hacer el paquete mientras el sol brilla.»

El americano trabaja más que el inglés. Su constancia es mayor, sus horas más largas; su descanso más corto. Hasta estos últimos tiempos, no existía la clase ociosa. Aun hoy, todo hombre que no se dedica á alguna ocupación útil no tiene derecho alguno al respeto de sus compatriotas. El americano, aun siendo inclinado á la pereza, ha de tener alguna ocupación. Está obligado á

mezclarse entre el ejército de trabajadores, por razón de la imposibilidad absoluta de hallar compañero en su vagancia. Los que conocen á la *madre* y al *hijo*, vense notablemente sorprendidos por la diferencia, entre americanos é ingleses, bajo este punto de vista. Cuando en Inglaterra se necesitan para una diversión algunos *gentlemen* bien educados y agradables, se encuentran veinte por cada uno que se podría hallar en América. ¡El americano está siempre tan ocupado! Hasta en verano, cuando la familia habita en el campo, el hombre se traslada frecuentemente á la ciudad para ocuparse en sus negocios.

El *gentleman* inglés, por el contrario, parece tener siempre á su disposición algunos días de solaz. Las señoras de ambos lados del mar, están por igual dispuestas al placer. La mujer americana parece tener tantos deseos de divertirse como su hermana la inglesa. Sin embargo, he de hacer presente que se observan algunos signos diferenciales. Un pequeño número de los mejores hombres de esta generación, principalmente en las ciudades del Este, habiendo heredado grandes fortunas, se consagran á los negocios públicos, no precisamente á los negocios políticos, como pudiera creer un inglés, y desdennan añadir «más á lo que es suficiente». El trabajo más penoso y el más apremiante, el de desmontar y de dar valor al país, hállase en gran parte terminado, y hoy, esto es visible por doquiera, las gentes se afinan y elevan su nivel moral. Así es como se desarrolla una sociedad libre á la cual le están reservados los más altos destinos.

El censo de 1880, ha demostrado que el número de personas que se dedican á ocupaciones lucrativas y honorosas excede de 17.250,000, lo que hacía el 34 por 100 de la población total. Esta proporción es mayor que la indicada por el censo de 1870. Cada censo, es indudable,

está hecho de modo más perfecto que el precedente. Pero aun concediendo esto, es evidente que en razón del desarrollo de las fábricas, de la división del trabajo, cada vez mayor, y sobre todo del número más importante de ocupaciones accesibles á las mujeres, en la época actual, un número de americanos, más considerable que nunca, lleva el camino de necesitar trabajo.

El aumento del trabajo de las mujeres es muy notable. En 1880, la proporción de las mujeres que trabajaban se elevó á 1.190, en vez de 1.000 que eran en 1870, ó sea un aumento de cerca de 12 por 100, en tanto que el número de hombres había aumentado tan sólo de 1.000 á 1.067, lo que da un aumento de menos de 7 por 100. Es evidente que la mujer americana está en camino de conquistar, con perseverancia, el derecho de compartir con el hombre las numerosas ocupaciones de que hasta ahora se había hallado excluida.

Lowthian Bell, estando en América, hacía notar que había oído hablar siempre de los grandes inventos hechos por los americanos y de las sorprendentes aptitudes, en esta rama de actividad, pero que bien examinado todo, la mayor parte de dichos inventos habían sido realizados por los ingleses. Esta opinión está corroborada por los ejemplos de M. Burden, un escocés, que inventó la máquina para fabricar herraduras, de M. Thomas, que fué el primero que fundió el hierro con antracita, de M. Chilsome, de Dumferline, escocés, que creó las enormes fábricas de rieles de acero y de alambre, en Cleveland; de Isaac Stead, un inglés emprendedor que montó los primeros telares de tapicería en Filadelfia; de M. Wallace, fundador de las famosas fábricas de cobre en Ansonia; y de muchos otros señores.

Es un hecho muy digno de observarse el de que muchas fábricas americanas están dirigidas por ingleses de nacimiento. El 49 por 100 de los escoceses é ingleses

que residen en los Estados Unidos trabajan en las manufacturas, lo que es una proporción mucho más elevada que las demás. Los americanos indígenas se entregan sobre todo á la agricultura, no trabajando en las fábricas más que el 19 por 100 de los mismos. El 43 por 100 de los irlandeses se dedican á profesiones serviles ó liberales.

Puédese, pues, pretender todavía con razón que los ingleses son los manufactureros del mundo. Rindamos homenaje á nuestra raza, no sólo por la producción de nuestro país natal, que hasta entonces no había sido igualada, como no sea, y en gran escala, por la producción más grande todavía de la República. El 19 por 100 de los americanos nacidos en América, contra el 49 por 100 de esos obstinados insulares, se dedican á la industria. Al parecer, esta proporción tres veces superior será sostenida por sus hijos. No debemos nosotros dejar al *Yankee* que se atribuya todo el honor de la supremacía industrial de este país. ¿Qué habría sido de él sin la cuna de dónde salió? Juzgad, compatriotas míos, de qué es capaz nuestra raza cuando está desembarazada de leyes injustas, y cuando goza de una libertad absoluta, bajo las instituciones republicanas.

La fuerza del hombre está en su alma. El occidental, que pesaba doscientas libras cuando estaba aletargado y más de una tonelada cuando despierto, se halla exactamente en la misma situación que el hombre nacido bajo el dominio de un rey y privado de la igualdad, en su nacimiento, comparado ese mismo hombre cuando la República lo cubre con los pliegues del manto de la fraternidad. El inglés aletargado en su país se transforma en una fuerza aquí.

El coste de la vida ha sido más elevado en la República. Cierta que el obrero podría vivir en ella tan barato como en Inglaterra, pero es que aquel no quiere.

Los salarios elevados y la seguridad de un trabajo regular engendran necesidades más grandes. Los obreros quieren casas más confortables, una alimentación más escogida, trajes más perfectos y un mayor número de libros y periódicos. Y para obtener todo esto, gastan más dinero. Fabricanse, en América, ciento setenta y cinco mil pianos, órganos y armoniums, de los que tres cuartas partes se quedan en el país. Nada hay tan sugestivo como este hecho. En otros países, las gentes de la misma situación no soñarían jamás en comprar un piano.

De un modo general, el obrero americano tiene costumbres más regulares que el obrero inglés; es mucho más sóbrio y se halla dotado de gustos más elevados. En sus placeres, apenas se hallan trazas de las rudas distracciones de los distritos manufactureros de Inglaterra, tales como peleas de gallos, de perros ó asaltos de boxeo. Jamás se oye hablar de que un hombre pegue á su mujer; la embriaguez es muy rara. El manufacturero ó fabricante la consideran como sobrado motivo para despachar de su casa á cualquiera inmediatamente. Toda mi vida la he pasado entre obreros y contadísimas veces he visto á un americano en estado ebrio, y nunca ha llegado á mis oídos que la embriaguez haya sido jamás en la fábrica causa de disturbios ó una pérdida de tiempo. Hasta el mismo día 4 de Julio los altos hornos funcionan con la misma regularidad que los otros días. Si la fecha gloriosa transcurre así, todas las demás tentaciones no pueden más que resultar inofensivas. Ya que si hay un día en el calendario que pueda inducir al obrero á las demostraciones de alegría irrepreensible, es á buen seguro el día en que se conmemora la Independencia.

Esto me recuerda la historia, antigua ya, de uno de los principales maestros de forja de la «Western Pennsylvania». El 4 de Julio pasaba cerca de su fábrica, diri-

giéndose á la iglesia (en aquella época se celebraban funciones religiosas en todos los templos, y los predicadores tenían la costumbre de torturar el águila americana hasta hacerla gritar). De pronto el sonido de los martillos hiere sus oídos. Detiene su coche, escucha un instante y se dirige al sitio en que algunos hombres trabajan de firme en la reparación de una caldera. ¡Trabajando el 4 de Julio! ¡Republicanos degenerados! ¡Y en el mismo momento en que se encaminaba á la iglesia para dar gracias á Dios por haber establecido los derechos inalienables del hombre! Era aquel el hijo de un inglés que había abandonado su patria, en razón de su republicanismo. No podía soportar el hombre semejante sacrilegio. Hizo salir á todos los obreros de la fábrica jurando que no permitiría jamás que un hombre que se hallara á su servicio diera un solo martillazo en tan sagrado día. No fueron poco enérgicos los reproches que dirigió al encargado: «¿Qué hace usted?, le dijo. ¡Reparar las calderas en semejante día! No tiene usted bastante noches de sábados y aun de domingos para esa clase de trabajos?» El encargado falleció sin haber podido recobrar la estimación y confianza de mi antiguo amigo tan patriota. Su profanación fué perdonada, pero no olvidada. Todos los elogios que hacía mi amigo de la competencia del director de su fábrica se terminaban por «pero». Y todos sabíamos que aquel «pero» hacía alusión á aquella imperdonable falta.

Las abejas humanas de la colmena americana, hállanse repartidas en cuatro grandes clases. La primera abarca 7.750,000 agricultores que acarician nuestra madre tierra con el azadón, á fin de que se digne proporcionar una rica cosecha, nutrir al ganado en los millares de colinas y á los corderos en las praderas que los riachuelos convierten en frescas y verdosas. ¡Oh, qué vida tan sana y placentera es esa, todo perfumado por los más

suaves aromas de la naturaleza, todo repleto del reposo y de la calma de los dioses primitivos! Esos trabajadores recolectan las rosas de la vida, y merecen que les tengamos envidia. Su existencia se halla muy ocupada, pero con ello no se encuentran mal. Al hombre inactivo es al que hay que compadecer.

Después de estos trabajadores al aire libre, tan dignos de ser envidiados, vienen los de la segunda clase que trabajan en las fábricas. Son en número de 3.800,000. Esos vigorosos hijos de Vulcano son la mitad menos numerosos que los hijos de Ceres. El genio inventivo y la habilidad mecánica, bajo todas sus formas, hallan su empleo en este ejército. La variedad de los esfuerzos es de vital importancia para una nación. La encontramos aquí. Encerrados en almacenes y fábricas, desde la mañana a la noche, negros de humo y de polvo, en medio del continuo rechinar de las máquinas, esos hábiles obreros, elaboran los objetos concebidos por la idea del hombre, desde los alfileres hasta las áncoras. Esta clase abarca á todos los que, con el sentido literal de la palabra, viven en las entrañas de la tierra, que en el fondo de minas insondables, arrancan á la tierra sus tesoros y los ponen al servicio del hombre.

Es digno de notarse que si en la agricultura el 7 por 100 de los trabajadores son mujeres, en las minas la proporción se eleva hasta el 16 por 100. Más de 600.000 mujeres se dedican á las más fáciles labores de la industria. Su tarea es, en verdad, poco agradable. Privadas de la vista del espacio, encerradas en las galerías de las minas ó en las fábricas, parecen ser extrañas á la presencia de la naturaleza. Esta es la clase á la cual debemos prestar verdadera atención, especialmente en los reglamentos dominicales. Que ese día, cuando menos, puedan las obreras contemplar á Dios en la naturaleza. Encerrar entre muros el séptimo día á los que han estado

seis sin esparcimiento alguno, es una crueldad. ¿No habrá algún reformista que quiera admitir que los bosques sean los primeros templos de Dios y no envíe á los trabajadores á pasar en ellos su único día de libertad? La asamblea religiosa que tenía lugar anualmente, está en camino de desaparecer; tenía aquella sus ventajas. Hombres y mujeres de la clase obrera podían de ese modo contemplar la naturaleza.

La tercera clase es algo más numerosa que la precedente; alcanza á unos cuatro millones. Las profesiones liberales, las de ministros, doctores, letrados, autores, son muy codiciadas. América tiene el honor de poseer pocos representantes de la noble profesión de las armas, profesión que consiste en matar á sus semejantes. Los criados constituyen un ejército. El irlandés elige una profesión mucho más fácilmente que cualquier otro. Desde luego, la proporción de los hombres es en esta clase mucho mayor que en las otras. Su número se eleva á un millón trescientos sesenta mil ó sea un tercio del número total.

La cuarta clase abarca á los dedicados al comercio y transportes. Forman un contingente de 1.800,000, y de ellos la mujer se halla representada únicamente por 60.000. De manera que tenemos 17.000,000 de abejas que trabajan en la colmena nacional, donde no hay sitio para los que «no trabajan, ni hilan.» En esta colmena no se matan los zánganos de tiempo en tiempo, pero no se les permite vivir. Si uno de ellos, por casualidad, escapa á la vigilancia y vive sin dedicarse á ningún trabajo que justifique su existencia, se le mira, como el campesino miraba al gomoso que, por primera vez en su vida, veía en Broadway: «Qué caza tan hermosa se ve cuando uno sale de casa sin escopeta.» En el corazón de todo americano respira la idea de que las herencias son la única cosa que alcanza á llevar al hombre por el camino

de la inutilidad, y ya que á los inútiles no puede exterminárseles, por lo menos, burlémonos de ellos. El último viajero importuno que hizo á América el honor de visitarla, respondiendo á una pregunta que una joven americana le hizo sobre á qué dedicaban el tiempo las clases aristocráticas y desocupadas, respondió: «Van de visita en visita, y esto las distrae mucho. Nunca se entregan á trabajo alguno.»—A lo cual contestó la señorita: «También nosotros tenemos gentes de esa especie, á los que denominamos *tramps* (vagamundos).»

AGRICULTURA

«Fundirán sus espadas para hacer
carretas y sus lanzas para arados.
Las naciones no levantarán ya las
espadas las unas contra las otras, y
no aprenderán el arte de la guerra».

ISAIAH.

Ceres es la más principal divinidad de la República. Ante ella, se postran reverentemente los americanos. En cambio aquélla les prodiga sus más amables sonrisas.

He aquí cuál era la importancia de las naciones bajo el punto de vista del valor de los productos agrícolas, en 1880: La República figura en primer lugar con 3,020 millones de dollars. En el transcurso de un poco menos de un siglo, ha pasado de la cola á la cabeza de la columna. Rusia, con su inmensa extensión y sus cien millones de habitantes, sigue, á una respetable distancia, con 2,545 millones. La *Hermosa Francia* le anda cerca. Su producción alcanza á 2220 millones de dollars, en los cuales, el vino entra por 225,000.000. La producción de los enormes campos de trigo de Austria y de las llanuras de Hungría, asciende á 322,000.000 de dollars. El sexto lugar corresponde á la magnífica *Isle of the Sea* pequeña, pero poderosa, con 1,280 millones, suma prodigiosa, dada su limitada extensión. Italia, España, Australia y el Canadá reunidos, ocupan el último lugar, con un valor aproximado de la mitad del de la República. ¿Qué es lo que nos reserva la próxima década? Quizás ningún cambio en el orden de las naciones, pero

á buen seguro que la República adelantará cada día más al resto de las demás naciones.

Ninguna conquista pacífica ha sido por tanto tiempo diferida, ni tan completa, cuando se produjo, como la conquista del suelo. Hace cien años, en toda la superficie de la tierra, la agricultura poco había adelantado á la existente mil años antes. ¿No es aventurado afirmar que los griegos, los romanos, los egipcios y los asirios, cultivaban su suelo mejor que ninguna otra nación de hace tan sólo un siglo? El sistema de los abonos apenas era conocido. Los campos agotados por una sucesión de cosechas de la misma especie, precisábales reposo como un campo del tiempo de Moisés. Cuando se efectuaba la labranza, practicábase de una manera más sencilla. En un suelo destemplado, las siembras eran una mezcla de mala calidad é insanas. Los instrumentos de cultivo eran de los tipos más primitivos. El arado, se empleaba generalmente y apenas si aventajaba al de los tiempos de Virgilio; no hacía otra cosa que arañar la tierra. El sembrador, con un capazo suspendido del cuello por una cuerda, iba recorriendo el campo y sembraba puñados de grano, á derecha é izquierda, según se halla escrito en la parábola, ó como, todavía se ve en los dibujos ó láminas de los almanaques campestres. La hoz, cuya antigüedad se eleva casi á la misma que la de los campos, era el único medio conocido para segar las espigas, y el uso del pesado rodillo era también el único conocido para separar el grano de la paja.

La cría de ganado no había, tampoco, hecho más que progresos insignificantes. La calidad de la alimentación dada al ganado, era tan deficiente que privaba el mejoramiento de la raza.

El peso de los bueyes y carneros vendidos en el mercado ha progresado en el doble, con exceso, desde mediados del pasado siglo. Este resultado proviene

de la mejor calidad de la alimentación, tanto como de los perfectos cuidados en la cría del ganado.

La condición primitiva de la agricultura, en América, hace un siglo y medio, se retrata claramente en las siguientes líneas extraídas del libro de un viajero sueco, Kalm. Hablando de los colonos de *James River*, escribe:

«No hacen casi abono para sus campos. Cuando una pieza de tierra ha sido agotada por las cosechas continuas, labran y cultivan un nuevo terreno. Y cuando éste se halla igualmente agotado, abandonanlo de igual modo. Sus ganados erran en completa libertad, medio hambrientos, por bosques y terrenos incultos. Desde hace tiempo, han destruído casi todas las hierbas, pastando prematuramente, al comenzar la primavera, y antes de que el pasto tenga tiempo de florecer ó de ser sembrado.»

Por resultas de la mala alimentación, la talla del ganado disminuía de generación en generación, hasta el punto de merecer el calificativo de *runts* (enanos).

Los progresos hechos en la agricultura y en la cría de ganado, durante la última mitad del siglo, han sido prodigiosos; la mayor parte son debidos á máquinas concebidas por el genio inventor americano, y también al de los europeos estimulados por la competencia de América. Desde el principio, los hombres de Estado han consagrado la mayor parte de su energía á la agricultura. Wáshington, abrumado bajo el peso de las necesidades tanto como pocos hombres lo han estado, halló tiempo para vigilar las operaciones agrícolas y los experimentos. La importancia de la agricultura para la civilización, forma el texto de su último mensaje anual al Congreso, y su postrer trabajo importante, escrito ocho días tan sólo antes de su muerte, era una extensa carta destinada á su ministro de Agricultura. Las 32 hojas de esta carta contienen instrucciones para varios años.

La mayor parte de los sucesores de Wáshington en la Presidencia, se ocuparon personalmente en la agricultura. Uno de los más distinguidos entre ellos, Jefferson, inventó el arado para labrar en las vertientes de las colinas. Adams, Calhoun, Clay y Webster olvidaban las ansiedades del poder, en las pacíficas ocupaciones de los campos. El perfeccionamiento de la agricultura no ha cesado de ser el principal interés de los hombres de Estado y de los demás ciudadanos americanos. Hoy la República es la primera del mundo, no sólo bajo el punto de vista de la cifra de sus productos agrícolas, sí que también bajo el punto de vista de la perfección de los métodos.

Una cuarta parte de la total riqueza de América, está empleada en el cultivo del suelo; esa es aproximadamente la proporción que la agricultura facilita á la industria. No se puede uno fiar de las estadísticas de 1830. Las cifras del censo de 1850 que fué muy completo, indican que, en ese corto espacio de 30 años, el total de las tierras mejoradas se duplicó con exceso.

El estado siguiente indica la extensión y la regularidad de los progresos realizados.

	1.850	1.860	1.870	1.880
Total de acres (1) en fincas.	293.560.614	407.242.538	407.735.041	536.081.835
Acres mejorados.	113.032.614	163.110.720	188.921.099	284.771.942
Núm. de fincas.	1.449.073	2.044.077	2.659.985	1.008.907
Dimensión media de las fincas.	203	199	153	134

(1) Acre: 40 áreas, 46 centiáreas.

Puede verse que á pesar de las gigantescas empresas que han estado de moda, durante estos últimos años, en algunos Estados del Noroeste, hay una marcada tendencia hacia las pequeñas explotaciones. La dimensión del promedio de las fincas ha descendido de 203 acres, en 1850, á 135 acres, en 1880. Este resultado se ha con-

seguido, bajo un régimen de absoluta libertad. Tenemos, pues, el derecho de decir que la explotación de pequeñas fincas, para que puedan ser cultivadas por una sola familia, es el sistema que conviene más á América. Cuando yo estaba en el Noroeste, en las inmensas propiedades que se hallan allí, los agricultores sagaces de la región, predijeron que los pequeños cultivadores, con fincas que no excedían de 160 acres, eliminarían á los grandes capitalistas que se han propuesto cultivar millares de acres con el trabajo de otros. Esa es una oportuna perspectiva. La centralización que parece ser indispensable en la industria, no invadirá el dominio agrícola. El Estado puede descansar con toda seguridad, en millones de habitantes que poseen el suelo dividido en pequeñas explotaciones. De tales ciudadanos está formada la mejor sangre de la República.

Las tierras mejoradas en 1880, no formaban más que un 15 por ciento de la extensión total, pero, aun en esa época, según Mulhall, producían aquéllas el 30 por ciento de los cereales del mundo. El capital empleado en fincas y en la agricultura era de 10.600.000.000 de dollars; es decir: que era tres veces más considerable que el capital comprometido en la industria. La diferencia entre los terrenos en arriendo y los mejorados es la siguiente: los primeros abarcan las partes montañosas y bosques que son propiedad del hacendado, pero que no ha preparado aún para sembrar en ellos. Generalmente las haciendas se componen, por mitad, de dos categorías de tierras, de manera que la producción del país puede ser notablemente aumentada, por los hacendados ó arrendatarios actuales, sin que el número de fincas aumente en mucho. El número de acres en plena explotación es de 284.771.042 de los que 71.703.898 están empleados en pastos, frutales y viñedos.

La mayoría de las haciendas de América se cultivan

por sus propietarios. Alrededor de tres millones sobre cuatro pertenecen á esa clase. El 8 por ciento del número total estaba tomado por parceros. Las haciendas de alquiler son las más pequeñas y su número decrece continuamente. En el Sur tan sólo es donde el sistema de arrendamiento, con una participación en los beneficios, ha logrado adquirir cierto desarrollo. Este sistema ha tenido impulso, después de la guerra, por consecuencia de la división de las grandes plantaciones. La mayoría de los parceros son negros. El régimen marca una etapa temporal subsiguiente á la esclavitud, que desaparecerá á medida que los arrendatarios puedan comprar las tierras á sus propietarios y antiguos amos. No existe hoy ley de primogenitura ni sucesión en América y la transferencia apenas si es más difícil que la compra ó la venta de un caballo.

América ha marchado á pasos agigantados. En 1850 producía aquella, tan sólo, 867 millones de *bushels* diez años después produjo 1.200 millones y otros diez años más tarde mil cuatrocientos millones. Transcurridos otros diez años, en 1880, salieron 2.700 millones de *bushels* del seno de la tierra, nuestra madre generosa. En ese total, el maíz figura por 1.750 millones, el trigo por 460 millones y la avena por 407 millones. La producción del maíz es, pues, doble que la del trigo y la de la avena. El maíz se consume en América. Constituye la alimentación de los cerdos, de los caballos, y también, en gran escala, la del ganado, en todo el país...

La producción de cebada aumenta rápidamente. En 1850, según el censo, se recolectaron 5 millones de *bushels*. En diez años la producción pasó á 16 millones. En 1880, era ya de 44 millones.

En 1880, no había más que 1.840,000 acres de plantaciones de centeno; produciendo 20 millones de *bushels*.

No es ni el maíz, ni el trigo, ni el algodón, ni la

cebada, ni la avena, ni el centeno las que ocupan el primer lugar en la agricultura, sino una hierba más modesta. El heno es la más preciosa de las cosechas americanas. La cantidad segada en 1880 pasa de 36 millones de toneladas, cubriendo una extensión de más de 30 millones de acres.

El sorgo es una planta de importación reciente. Aun cuando extranjero, parece prosperar en su nueva patria. Su cultivo se extiende rápidamente.

Llegamos ahora al principal cultivo del Sur, el algodón que verdaderamente, es un antiguo y venerable producto. ¿Herodoto, 450 años antes de Jesucristo, no nos dice que los indios hicieran telas y el César no cubría el Forum y la Vía Sacra con toldos de algodón, para amortiguar los rayos del sol á los dignatarios de la ciudad imperial? En 1621, fué cuando se plantó el primer árbol algodouero en América. El clima no fué muy favorable.

Numerosos ensayos fracasaron y á pesar de ellos, fueron renovándose en diferentes épocas y en diversos puntos. Mas de 157 transcurrieron, antes de que se consiguiera exportar una libra de algodón. En 1774, exportóse una pequeña cantidad de este textil á Liverpool. Se la consideró, por de pronto, como una transacción ilegal, ya que no se creía procediese de América. Cuando hacia la misma época se propuso en el Congreso de los Estados Unidos, la imposición de un derecho á los algodones extranjeros, uno de los representantes de la Carolina del Sur declaró que los plantadores de Carolina y de Georgia tenían el propósito de cultivar el algodón «y que este cultivo podría prosperar si se les proporcionaba buenas simientes.»

No deberíamos jamás decidarnos á abandonar una cosa nueva, ya fuese esta una planta ya una idea; con frecuencia el último fracaso, es el precursor del éxito.

Durante los seis años siguientes las exportaciones á Inglaterra fueron 109, 389 y 844 *bags* (sacos). Después de la guerra de la Independencia (1776), empezó el algodón á llamar la atención. La máquina de Whitney, para separar el grano de la fibra, suprimió el último obstáculo á una producción casi ilimitada. Un derecho sobre la importación de los artículos de algodón hizo nacer la fabricación de los tejidos en América.

El cultivo del algodón recibió un nuevo impulso, y América convirtiéndose pronto en la principal fuente de aprovisionamiento del mundo. Sin remontarnos más allá de un medio siglo, en 1830 se recolectaron 976.845 balas.

En 1880, la cosecha se elevó á 5.757.397 balas evaluadas en 275.000.000 de dollars. De la cosecha de 1830, se exportó por valor de 30.000.000 de dollars, de la cosecha de 1880 por 220.000.000 de los que Inglaterra pagó las dos terceras partes. Las últimas exportaciones comprendían algodón manufacturado, que en 1830, no existía todavía. Así es que el valor de la exportación de algodón superaba en 30 millones de dollars á la del trigo.

El cultivo del tabaco sigue prosperando en América. Pero seguramente el hombre del porvenir no fumará.

Mascar tabaco es una costumbre del pasado. La pipa y el puro están condenados también. En las generaciones venideras el fumador parecerá tan desagradable como el mascador parece serlo á la generación actual. La cosecha de tabaco de 1870 á 1880 aumentó en un veinticinco por ciento. En la actualidad empléanse en ese cultivo 638.000 *acres* de terreno. El valor del tabaco en 1880, era de 3,500,000 libras esterlinas. El tío Jonathan se reparte equitativamente el tabaco, con el resto del mundo; expide un 50 por 100 al extranjero y se fuma la otra mitad: «Tome usted un cigarro» les dice á las

naciones menos favorecidas y él reserva uno para sí. ¡Generoso Jonathan!

No hemos de echar en olvido al pretendido producto de la vieja Irlanda, la patata, cuyo origen es muy americano. América ocupa buen lugar en este cultivo. En 1880 recolectó 203 millones de *bushels*, un poco más de 4 *bushels* por cada habitante. Yo no creo haber alcanzado mi parte que, para un adulto es de 6 *bushels*. Tampoco creo que un solo americano consienta en confesar que ha devorado semejante parte. Cuando menos, pondrá en duda la exactitud de las estadísticas.

Pero, como no se exportó ni un sólo *bushel*, no nos queda más que resignarnos á pasar por comedores de patatas, ó bien sospechar que nuestros compatriotas los Irlandeses, comieron, lo que es muy probable, más parte de la que les correspondía.

La enorme cantidad de frutas consumidas y recolectadas en América, sorprende al extranjero. A pesar de su baratura, los productos de las huertas, en 1880, se evaluaban en 52.500.000 dollars. Se importaba un promedio de seis libras de frutas por persona, lo que representa un valor de 20 millones de dollars.

El valor total de los productos agrícolas recolectados por el tío Sam, en 1880, era de 2,235.000,000 de dollars. Mulhall evalúa el total de los productos agrícolas, para 1884, en 2.751.500.000 dollars.

Examinemos ahora los animales que habitan esta gigantesca hacienda y los productos que de los mismos se sacan.

Empecemos por los cerdos, destinados á engordar y morir, 56.750,000 de dichos animales desfilan ante nosotros. ¡Imagínese el lector semejante procesión! Todo hombre, mujer ó niño, posee su pedazo más de un cerdo. Viene á continuación el ganado vacuno, Cuéntase con 46.000,000 de cabezas; entre las que 18.500,000

son vacas. Estas son las más numerosas y las más igualmente repartidas. En toda la superficie de América, cada familia de tres personas tiene su vaca de leche y una fracción de otra. Los carneros no bajan de 45.000.000, lo que da casi un carnero por habitante.

¿Les gustaría á mis lectores echar un vistazo sobre los caballos del tío Sam? Pues les presento 12.500.000 de esos nobles animales, desde los más rápidos trotadores del mundo, desde «Maud S.» con su record de una milla en dos minutos, ocho segundos, hasta el «tackey» semi-salvaje de la Florida. Más de dos millones de mulas y asnos les siguen y terminan la larga procesión.

El censo nos demuestra, que en promedio, cada familia del país posee un caballo, una vaca, cuatro cerdos y tres carneros lo cual no es una mala base para una familia campesina.

Permítanme que les lleve ahora á la lechería, y examinemos la manteca y los quesos. En 1880, se hicieron 400.000 toneladas de manteca, un promedio de 16 libras, por cada habitante. En 1870, se hicieron 80.000 toneladas de quesos; en 1880, ya se hicieron 120.000 toneladas. Desde el perfeccionamiento de fabricación, la producción ha aumentado considerablemente. Al americano le gusta menos el queso que al inglés. La mayor parte de su producción es exportada á Inglaterra bajo los nombres de Stilton, Cheshire ó Cheddar. Se fabrican todas las marcas y es sumamente difícil distinguir el producto americano de su prototipo el monárquico. Los quesos exportados en 1881, representaban un valor de 3.250.000 libras esterlinas. Las estadísticas presentadas á la *National Butter, Cheese and Egg Association*, cuando la última reunión en Chicago, indican que el valor real de los productos de la lechería, era de 100 millones de dollars y que el capital representado por las vacas era

superior en 40 millones de dollars al de los valores de Banco.

¿Qué hace el americano del producto de sus ganados y de las leches? Comienza por aumentar su consumo, que es considerable. 56.000.000 de personas, las más ricas del mundo, de la que cada una entiende tener lo mejor de lo que puede procurarse, y está acostumbrada á la alimentación más selecta, consumen enormemente. El resto, es exportado. Inglaterra, es, con mucho, la mayor consumidora, de gran número de esos artículos; adquiere la mitad de lo que no consume América.

En 1870, empezó un nuevo tráfico, la exportación del ganado vivo. Inglaterra, compra por valor de 400.000 dollars. En 1880, excedió, este comercio, de 12 millones de dollars. La exportación de bueyes vivos, dió comienzo en 1875, y, en 1880, representaba ya 7.500.000 dollars.

El cerdo americano era, durante los 20 últimos años, muy solicitado en Europa. En 1860, el valor de los jamones y de la manteca exportada, no sobrepasaba de 20.500.000 dollars; en 1880, la demanda excedió de 50.000.000 de dollars. Inglaterra adquiere la mayor parte. Ciertos prejuicios contra los jamones y la manteca americanos existían entonces.

Acuérdome haber visitado en Inglaterra, el establecimiento de un médico al que se le consideraba como matador de cerdos ingleses únicamente. Sin duda alguna, era el proveedor de esa manteca exquisita que mis amigos tenían por tan diferente de la manteca extranjera. Una estiva de cajas, algunas medio vacías, en las que se leía «Chicago» llamó mi atención. Llamé aparte al propietario y le pregunté si el contenido de dichas cajas era inferior á los productos del país. Sonrióse y me dijo «Algunas veces, sí, otras no». El género americano tiene actualmente una reputación bien sentada,

á pesar de lo cual ¡cuántas toneladas se venden todavía como legítima inglesa! El tío Sam, saca de sus cerdos una renta anual de 85.000.000 de dollars.

Envía pocos carneros al extranjero. El valor de la exportación en 1884 era inferior á 300.000 dollars. Pero, gracias á las rápidas y continuas mejoras introducidas en la cría del ganado, puédesse preveer, que, en época no lejana, América exportará buen número de carneros, los cuales tan gran rendimiento dan á Australia. Hace 20 años, el carnero de América no era comestible. Aun hoy, todavía es inferior al de Inglaterra, pero, de año en año va mejorando. Dudo que pueda alguna vez alcanzar la calidad del mejor carnero de Escocia, pero que mejora, resalta claramente del aumento de la lana, que es superior al aumento de los carneros. Entre 1850 y 1860, el aumento de la producción de la lana era de 14 por 100. Durante la década siguiente, alcanzó al 66 por 100, y entre 1870 y 1880 ya fué de 147 por 100. El promedio del esquila en 1850 era tan sólo de dos libras tres décimas, en 1880, había casi doblado (4 libras 4 décimas). El esquila del Norte pesa en promedio más de 5 libras. En el Sur, el carnero no precisa un vestido tan caluroso, si Dios atempera el viento en el carnero esquilado, adapta también la lana al clima y vela para que el carnero del Sur no se halle demasiado recubierto.

La producción de la lana, en América, aumenta como todo lo restante. En 1830, el esquila no alcanzaba más que á 18.000.000 de libras; en 1850, ascendió á 52.000.000; en 1860, á 60.000.000 y, en 1870 á 100.000.000.

En los 10 últimos años, esas cifras han llegado á más del doble. En 1860, el peso de la lana esquilada era de 240.000.000 de libras. ¡Quién habría de creer que América produce dos veces más lana que la que da Inglaterra! Esta fué para mí una gran sorpresa. En

1880, la producción inglesa era de 112.000.000 de libras.

La enorme exportación de víveres, sugiere serias reflexiones. Las poblaciones del viejo mundo aumentan rápidamente sin que su suelo, ó su capacidad de producción aumente en las mismas proporciones. Desde el principio del siglo XIX dicha población se ha elevado de 172 á 312.000.000 de habitantes. Este es un progreso sin precedentes en la historia del Viejo Mundo. Sin las enormes expediciones de víveres de América y de otros países, hubiera sido probablemente imposible. El consumo actual de víveres por Europa es infinitamente más grande que su producción... Para su futuro desarrollo, Europa, parece ha de verse obligada á contar con las provisiones extranjeras, especialmente las de América. Inglaterra depende más del extranjero que los demás países. Giffen estima que 12.000.000 de ingleses, es decir un tercio de la población, se alimentan ya de víveres extranjeros.

Sería difícil exagerar las consecuencias de este hecho, cuya importancia crece de día en día. Evidentemente, Mr. Caird y otras eminentes autoridades tienen razón al pretender que un cultivo más intenso al suelo de Europa, y sobre todo al de Inglaterra, podría aumentar la producción, pero, á mi entender, los resultados serían muy costosos y limitados. El número de europeos obligados á pedir el sustento al Nuevo Mundo, aumentará cada año. Afortunadamente, éste posee recursos, todavía no explotados que pueden cumplir todas las demandas durante muchos años... Millones y millones de acres fértiles en un país soleado y regado por beneficiosas lluvias, no esperan más que el arado para proporcionar alimento á otros hombres.

Cultivar esa heredad, levantar poblaciones, y construir caminos, ferrocarriles y telégrafos, y edificar escuelas é iglesias tal es la mejor tarea á que el ameri-